CUENTOS Y DESCUENTOS ANDALUCES

SEBASTIAN CUEVAS NAVARRO

CRÓNICA INVEROSÍMIL DEL EMPAREDADO QUE AMAESTRÓ UN MURCIÉLAGO

Del libro **Cuentos y Descuentos Andaluces**
Autor: Sebastián Cuevas Navarro
ISBN: 84-500-1569-3
Depósito Legal: CO 368-1976
Imprenta San Pablo C/ Murcia, 4 Córdoba

A la voluntad del hombre y a la persuasión de sus necesidades hay pocas cosas imposibles.

- ¡Sea!, -dice optativa y perentoriamente. Y, a la larga, es.

Una verbigracia esclarecedora es la tragicomedia del capitán Galindo, el hombre que amaestro un murciélago. Aunque, ante la realidad de los sucesos, el término "amaestrar" es sobrio e inespecífico, ya que no explica suficientemente las kafkianas metamorfosis del emparedado.

Cuando sucedió aquello tan importante y comentado de "¡Españoles!. En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo... etc., etc.", Galindo se avió un traje para el despiste, destruyó su uniforme, no sin arrancar las barras de su grado, y emprendió el atroche de los vericuetos perdidos, los robos nocturnos por cámaras, graneros y gallineros, el soslayo de los tricornios, y todo ello sin dejar de enfilar Andalucía.

Abajo le esperaba Palma del Rio, donde el Genil y el Guadalquivir se juntan en horquilla.

Dejó atrás el doloroso Alto de Extremadura y el tormento de los Carabancheles, y orillando los pueblos martirizados, entre Brunete y Móstoles, por las tierras alfareras, trasconejando montes toledanos, en la vigilia de los mochuelos y el enmadriguerarse con el despunte del alba, llegó al límite en que acaba la Mancha calatraveña y el puerto de Niefla signando la Sierra de la Alcudia y su valle taja la Mariánica con sus Pedroches, por las tierras de Fuencaliente y demás aldeas riscosas, en que los viejos españoles del neolítico dejaron las peñas pintarrajeadas, entró en Córdoba, por los encinares de Cardeña y Villanueva, allí por donde las fuentes establecen la divisoria de las vertientes del Guadiana y bética, con arroyos del Guadalmez, que llevan estaño, brillante al sol como escamas diminutas, arrancadas a peces imposibles.

Vista esta lujuria del azófar, se aplicó a esta industria minera, por las soledades bravas de las cuadrillas de los lavaderos del aluvial, pobladas de gentes duras, rebeldes y rojillas, propensas al camuflaje -dicho sea, en gabacho-, y a la camaradería romántica de los perdedores.

Se apañó un salvoconducto que le daba cédula para el poco trajín de la criba de las arenas y se aquerenció a una prójima, viuda de todos los milicianos muertos por los Máuser y los morteros Valeros del 50, con cuyo ayuntamiento encontró un poco de sosiego y cobijo y un bastante de satisfacción. No era Galindo remilgoso y de todos es sabido el uso de rabizas que se hace por los soldados en época de guerra, a los que siguen, como yeguas mercenarias de ranchos familiares.

Se llamaba Filomena, la tal hembra, y era licenciada de todas las yacijas de los barracones de las minas del Soldado, con lo que le quedó por las carnes un negror de hulla, que al Galindo le apetecía, con su mugre y su grasa, ya subepitelial, Se aquerenció el excapitán a la Filo y ella le recosió su escaso hato y le apaño unas largas calzas, que ella misma enlazaba a las pantorrillas duras por la fatiga del ejercicio, como hacían los mozos de espadas con las taleguillas de los toreros, humillándose, como las azules palomas zuritas, ante el macho.

Y allí se hubiera quedado per secula seculorum, si no le hubieran entrado las morriñas de su pueblo, me se le venía a todos los poros, con su antiguo olor a pan y sus juegos de los niños con sus matariles rile riles casamenteros y sus flor de romero, romero verde, floreciendo en el recuerdo de los días en que él oficiaba en mítines y reuniones de partido como sindicalista agrario, respirando odios viejos contra los dueños de los naranjales y las dehesas de toros bravos; los mismos que formaron un escuadrón falangista para garrochar milicianos como toros abantos, que huían por los maizales.

La Filo extremaba sus artes amatorias con él, mientras ejercía de pirandona y comerciaba con quien la pretendiera, porque se aquerenció al palmeño, y no daba descanso a su cuerpo hasta encontrar los miseros cortijillos serranos una morcilla de lustre o un cacho de tocino de panceta para enriquecer el cocido nocturno, que llenaba de humos pajareros, olorosos de pringue, los arenales, donde las encinas aguardaban en capilla la sentencia del carbón vegetal que ellos mismos fabricaban, en hornos, como iglúes de fuego, bajo la cubierta y el sofoco de los barros y gredas.

Se hubiera quedado allí, sí; pero para el transporte del mineral, empezó a exigirse guías, y con ello aumentó el control y la vigilancia y a su socaire el abuso y las exigencias de los almaceneros que vendimiaban los saquitos de polvo. Y, además llegó el verano y con él se cortaron los arroyos, de forma que apenas un hilillo de agua escurría por la pobreza de la rambla, que los hombres trataban, inútilmente, de atajar con atanores y pozas para el lavado de la zaranda y los cedazos, miseria que malamente se llevaba las arenas, dejando los posos de estaño sucios, como trigo aventado sin aire, bastardo de paja y cizaña, y se les quejaban los cambistas. Pero, sobre todo, como dije, le tiraban las querencias de las tierras del valle, por lo que decidió marcharse a su pueblo y a su vega, protegido por la cédula. Y se lo dijo a la Filo v la pobre lumia chamicera se deshizo en llanto silencioso, como el de los tejados cuando se deshielan los carámbanos, que van consumiendo los puñales de agua. Y se le abrieron las carnes, ignorando su condición maldita de mujer transitoria, hecha ya al hábito del Galindo, que era caricioso y dulce y no gustaba de zurrar la badana a las hembras, como los hombres a los que la escasez de recursos hormonales hace perversos y sádicos, Y se marcaron una fecha. Y la aplazaron varias veces, Y cuando llegaron al día definitivo, todavía ella lo siguió hasta los encinares de Montoro, y un poco más, déjame un poco más a tu lado, hasta que se acabe la sierra y se ve el gran rio enroscarse como una serpiente a la ciudad bermeja de asperón con las casas arracimadas como un canasto de frutas asomándose a las azudas y a los molinos aceiteros, o un poco más allá donde el agua abre un tajo decisivo. significando la campiña transbética. Se despidieron a la vista de Pedro Abad, por los rastrojos de agosto, en una noche interminable, y la Filo, desesperada, greñuda y sucia de la baniaró, le metió fuego a la paja mutilada que enrojeció el alba, como un reguero de yesca, de pólvora o de rayos crepitantes, para que nadie gozara de su vasija y anidara en el mismo hoyo de sus cuerpos, encima de su sudor y su goce. Y él trató de aplacarla y ella se arañaba la cara y los muslos, maricón, ¿por qué te vas?, y era su cuerpo un laberinto de sangrías como cuando las maestras pintan en la pizarra con tiza colorada: y se arrancaba la pelambrera y se golpeaba los postes flácidos, queriendo hundirse los pechos y, decía, para que nadie me toque los pechos, ni me soben los muslos, ni duerma en mi pelo. Y él queriendo consolarla le contó lo que tenía tan oculto, de que estaba casado y ella le dijo que a ella que mierda le importaba, que lo único que quería en el mundo eran los besos de su boca y que se iba a ahorcar en el primer olivo y a ahogarse en el río y le dijo esto y lo otro, y él la acariciaba el cuello, de negras arrugas, y ella seguía con lo de acuérdate lo bien que estábamos en la sierra, y anda y vámonos para atrás, otra vez, y mira, y piensa, y... y él la acariciaba, la acariciaba y esperó hasta que se quedó dormida del berrinche. Y entonces se fue huyendo, más del amor que de los civiles, con su hato remendado al hombro y el olor de la hembra restregado en toda la piel de su cuerpo y anduvo y anduvo...

Y con el camino y su fatiga se le iba pasando el remordimiento y le iba viniendo un disfrute urgente del aroma del valle, con su salobre polvo y su llanura y sus frutales y sus huertas de brevas y flores de granada, de maizales y naranjos que le anticipaban su pueblo y que él comulgaba masticando las hojas cítricas como puntas de lanza, que la tierra ya le era paisana, repetida en cada meandro, y en cada alameda y en cada barcaza de maroma y en cada hércules

sondeando con el largo cazo la arena de cristal y recogiéndola en pirámides por las barcas que se hundían hasta la borda con el mísero alijo; y las riberas, donde ya no había perdices, sino pájaros cantores por las enramadas cubiertas de hojas de chopo, que sirven para jugar a las damas, por un lado verdes, por el otro blancas.

Y se hizo el valiente y se fue por la carretera. Y se llegó hasta El Carpio. Y se montó en el tren, como si fuera un señorito, un estraperlista o un segador sin pregonar, cuando debía temer que lo andaran buscando. Ya que era público que anduvo con el Lister pegando pepinazos a los pobrecitos del Santuario de la Virgen de la Cabeza, con el loco aquel de Miguel Hernández que se pasaba todo el santo día leyendo versos como si estuviera de montería en el Lugar Nuevo, en vez de jugándose el bigote, macho contra macho, fusil contra fusil, bala contra bala.

Y así llegó hasta Posadas. Y con la cercanía de sus gentes, empezó a entrarle el miedo, cada vez más urgente y cagalón y ya de pronto no lo pudo aguantar, que era como un calambre. Y se tiró del tren, que arrancaba. Y echó campo traviesa, por los sotos donde medran las frambuesas, las zarzamoras o como leche quiera que se llamen, a cuya sombra, en las aguas acerbas de la orilla, fresan los peces sus rosarios de ovas, que se enlascivan como lapas a los mastranzos sumergidos y las cabombas empalustradas, por las barras del fango.

Agotó su provisión de tocino. Y el triángulo de queso cabrío que le quedaba de su minería y rebuscó las moras y los frutos lechosos de los cabrahígos y mazorcas de maíz verde. Y, de pronto, como una alegría y un susto, se le pusieron por lo alto de las ramas las torres de su pueblo. Y el largo puente de Palma del Río, donde estaban sus raíces, su mujer y sus hijos, su casa y sus terrores.

Al ver los tejados de su pueblo, se azoró como un ciervo y se le pasaron todos los anhelos de la prisa que le urgían por el vado de los Vargas, frente a Ochavillo y se encubrió por el cerro de Mirabueno, a caballo entre los cortijos del Mohino y el Remolino, de los que fuera bracero, en los viejos tiempos del Frente Popular, cuando él era alguien a quien hacían corro en la Casa del Pueblo.

Allí, a la recacha de un almezo de hueco tronco, madriguera de setas por sus rebuscas juveniles, aguardó la llegada de la noche.

Y cuando el sol se hundió por los montes de Peñaflor y la Puebla de los Infantes, cuando naufragaron en la sombra todos los naranjales del valle y los sepultó en su seno el mar de la oscuridad, anegante, se le vino a los ojos una ternura y a la garganta una fatiga, como la que le acongojaba de niño, al devorar agraces membrillos, por la ribera del Genil.

Era la proximidad de los hijos y su esposa, que le salían a flote y le traían el olor de su casa con su alcanfor y su albahaca; el tacto de sus cosas, sus anchos calzones de pana en canutillos, sus cómodos chalecos; el peso de sus aperos, sus hachas de podar, sus amocafres de escardar, sus azadas de cavar tan necesarios para la paz y la plenitud del hombre.

Cuando se levantaron las estrellas sobre el cielo y el camino de Santiago era una vereda de luz en las alturas, Galindo se adentró, subrepticio, en el pueblo esquinó los callejones, y llamó a su puerta con la argolla que servía a un tiempo de aldaba y de uncidor para las bridas del ganado.

Los ojos de la mujer, a fuerza de abrirlos, le llenaron la cara, y en borbotones se alternaban el llanto y la risa, mientras lo palpaba y lo olía y lo apretaba y lo pesaba y le media las carnes y las hambres v le revolvía el pelo con el trémulo peine de sus dedos y lo abrazaba, a medio desnudar del vestido que mal cubría el chal, con la urgencia de la llamada.

Le enseñó a los hijos, que dormían hacinados y que levantaron, con los susurros, un fragor de farfollas de maíz de los colchones, revolviéndose en los sueños. Calmó su hambre con arenques despellejados sobre papel de estraza entre la puerta de la cocina y su bastidor; se satisfizo en el pan con melón y saciadas sus necesidades primarias, quiso calmar las del vacío de noticias. Y preguntaba por los parientes, y los vecinos y dime que ha sido de fulano y si ha regresado zutano y que aquel lo hicieron prisionero y que a que no sabes a quién despanzurró un obús en la Universitaria y que mira los galones que me gané, bueno quémalos si tienes miedo, y como te vas apañando, y dime si los niños saben leer y ten cuidado con Isabelita que ya tiene catorce años, no quince, bueno catorce y hará quince el día de Santiago, y José con sus diez años qué es lo que hace, pues me parece bien que sea tan trabajador y te apañe la corregüela, las amapolas y las hojas de girasol para los conejos, que siempre son unan ayuda, y cuántas gallinas quedan, mira que mala sombra de peste, pero en fin más se perdió en la guerra y que el Tomasillo está muy grande y nadie diría que sólo tiene cinco años y tú te conservas muy bien, y estás cojonuda y no me habrás hecho ninguna cabronada, bueno no te enfades, que ya sabes que yo soy muy celoso, y a ti siempre te han perseguido los señoritos del casino y te han comido con los ojos cuando ibas al mercado o los amos de los cortijos con la escarda de la remolacha, que acuérdate lo que le pasó al Tostado cuando se fue a la Mina de Aznalcóllar, que su mujer se la pegó y dijo que era por hambre, que sí, mujer, que yo sé que todas no sois lo mismo, que yo qué va, si yo no he tenido tiempo más que para esconderme de las balas primero y de los civiles después, que he andado en el monte, por los arroyos del estaño, escondido como los bandoleros y así esto y lo otro y dime y mira, y una ristra inacabable de preguntas y respuestas que se enzarzaban unas a otras como los alcaparrones o las cerezas, hasta que se durmió en los brazos de su mujer con todos sus cansancios juntos a los rebosar el cansancio dulcísimo de la posesión legítima, gloriosamente, sin aire duro sino en el tibio vaho de los cuerpos amados, en la dulcísima olla de su alcoba, recuperando la guía de su estirpe.

María cosía, María bordaba, María planchaba. Los niños rebuscaban la cosecha espontánea de las lindes, hacían las colas del carbón y entre todos administraban el pan y las leguminosas de la pobreza y el Galindo estaba apandado en su bujío, que se pasaba el día en el camaranchón del alto, un abuhardillado con humildes atrojes, harneros viejos, antiguas medidas de áridos para el celemín de garbanzos o la fanega de trigo, con su forma de artesa de yesero, las horcas de las barcinas ajenas, los amocafres, las hachas y las tijeras de podar naranjos y los costales y sacos vacíos en los vacíos atrojes. Subieron un catre y enfarfollaron un jergón y se confabularon todos al silencio, porque en el pueblo había empezado la hora de las responsabilidades y andaban empapelando a los cabecillas que se significaron y a él los miedos le recomían como una pupa imparable y cada día estaba más amarillo y trémulo. Y dejó de bajar a la cocina para comer y empezó a administrar hasta sus deposiciones, que no se atrevía a salir al corral de día, por si los vecinos le veían por las tapias medianeras y se iban con el cuento. Así pasaron los días, con el dogal de la clausura cada vez más opresivo, hasta que una mañana llegó un municipal preguntando por el Galindo, y pues mire usted, yo no sé siquiera si está vivo, que esta guerra ha sido una locura, pues bueno, señora, si tiene noticias o si viene, que haga el favor de llegarse al Ayuntamiento, que no tenga miedo, que no es para nada malo, que es que estamos haciendo el censo, y de momento diré que está ausente, que lo pongan con los desaparecidos, y no llore, que no pasa nada, no si yo lloro porque mire usted qué cuadro, con tres hijos y sola, que me voy a quedar ciega de tanto coser y bordar y que fíjese como se están poniendo las cosas y los niños lo que comen y lo que necesitan, y sí que es verdad, señora, que tiene usted razón, ea, pues hasta la vista, vaya usted con Dios, y no se olvide de avisar si tiene usted noticias, usted descuide.

Y el corazón de María se le salía por la boca cuando cerró la puerta y al pobre Galindo, por el terror de las palabras medio oídas desde la escalera de la cámara, se riló por las patas abajo, con una descomposición súbita y estuvo varios días que se iba de vareta, como si hubiera comido una canasta de ciruelas.

Mira, María, que esto hay que arreglarlo, Que lo mejor es que me tire al monte. No eso nunca. Tú no. Que los acosan a los huidos como a conejos. Y que tú no eres un bandido, que maldita sea la hora que te metieron el mal aire de los mítines. Que el obrero siempre lleva las de perder. Que tú qué te creías. Y que qué va a ser de ti y qué va a ser de nosotros.

Y alrededor andaban los niños con los ojos abiertos y anhelantes, tratando de encontrar justificación a los miedos. Aprendiendo a conciliarse en el secreto. En la maldición de andar públicamente sin padre. Y no tener una mano fuerte que los llevara por los cardillos. Y tenerlo sólo para la clausura y decir padre en voz baja, en secreto, como los primeros robos y las primeras fornicaciones. Y el Tomasín quería decirle a los otros niños que su padre no había muerto, que estaba allí, en su casa. Grande como un árbol. Capaz de partir leña. De arar. De echarse a los hombros un cochino. Y la Isabelita a la que se le estaba llenando el espíritu de una leche agria como una camuesa primeriza, como un insoslayable sudor de sobacos, inaugurando el ciclo de sus descubrimientos, entre el terror de los miedos por sus padres y el pavor de los amores de sus padres; todo a escondidas, prohibido, maldito, ilícito y terrible. Sin nadie que respondiera a sus preguntas, abocándose a un desenfreno interior, por donde le temblaban, con las premoniciones, todos los candiles de la carne, en los primeros éxtasis y las primeras, urgentes, necesidades. Espigada, desarrollada. Hembra. Precoz y total como una anómala fruta madurada en el propicio estiércol del caos, el miedo y la lujuria. En la confusión de las situaciones equívocas. Los matrimonios rotos. Los maridos muertos, reaparecidos. Los hijos de dos padres. Las esposas de dos maridos y las mujeres de dos hombres. Que ya la miraban hambrientos de su cuerpo, en promesa, Inclinándola al oscuro laberinto de las interrogaciones interiores, adormeciendo su conciencia, como un incienso o un olor de velas en las profundas procesiones hormonales con que la vida se desataba.

Y el José, ajeno a la promiscuidad y esclavo de su hambre insaciable. Perito en el hurto de las naranjas, en el aliño del pan, en el cachondeo y zafarrancho de las colas necesarias. Aprendiz de todas las trujamanerías hábiles para satisfacer el pozo sin fin de su panza, inclinado al guinde y a la servidumbre. Recadero y correveidile. Isabelita, que me han dicho que estás muy buena y que si te quieres ir con el andóval del limpiabotas del casino al río que nos jarta a los dos de comer. Callejero y niño sin trompos y sin niñez, como esos árboles raquíticos que los floricultores se empeñan en cultivar en macetas. Adulto pez mínimo de un acuario demencial y caótico, ferozmente agresivo, nimia terrible piraña del arroyo de la supervivencia.

Por encima, en el camaranchón y en la paternidad, el Galindo, en el exilio de su miedo pánico y primitivo. Miedo atávico y ancestral. De animal arbóreo al riesgo de la caída durante la noche ante las garras de los enemigos. En el vértigo de la luz. Clausurada la claraboya de la clave de la buhardilla, acabó por cerrar a cal y canto la propia puerta de la escalera de la cámara, arbitrándose un viejo portillo, de los del suelo de los atrojes, para el presunto vaciado del grano, que daba sobre el encintado de menuda piedra, que desde el portón de la calle permitía al ganado llegar al corral y a la cuadra, sin escurrir, ni romper, por la roja losa de la cocina. Por tal portichuelo izaba la cesta de la subsistencia. Y hasta el bacín acabó vertiendo sobre el canalón del ventanuco trasero, para evitarse emigraciones peligrosas.

Poseso de una angustia animal. En la linde entre el deseo y el terror. Aguijoneado por todos los insectos perniciosos de los celos. E inerme ante el pensamiento de la prisión o el ajusticiamiento. Por un resquicio del ventanuco espiaba a María. Escuchaba las conversaciones equívocas, en las que los hombres ponían ocultas y visibles lumbres, iluminando sus tartamudeos, sus vacuidades. Y las respuestas de María llenas de ira en la lucha contra sus propias tentaciones. Y él, prometeo encadenado, ardiendo en su incapacidad y en su fuego consumiéndose por aquellas lejanías que las barreras imponían entre dos seres tan remotísimamente próximos y tan fatalmente complementarios. Quasimodo en aquel atrojal tan huero. Espiaba a María y atisbaba en el soslayo, recostado en el yeso encañizado del piso de su cárcel, y alcanzaba a ver sus pies y el atisbo de sus piernas que él imaginaba, y la dureza inmarchitable de la esposa, tan inasequible... Trauma kierkegaardiano en este amor imposible, en ese menoscabo involuntario del exilio voluntario. Que en la eminencia del alto le urgían las convocatorias de su hombría que se derramaba en inmanencia de la soledad, en el onanismo mental, absolutamente yermo, por sus temblores de pasión y de impotencia. Como en los amores adúlteros de los seres honestos a los que el convencionalismo de ética condena irremediablemente a un estiaje sin primavera, sin consumación.

Las remotas leyes de la vida le secaron, con el tiempo, los veneros del deseo, abrumada su lujuria por la lujuria del terror, como si una pauta de obligado cumplimiento exigiera a su organismo hasta el último pálpito de la vida para alimentar el hondo pozo donde andaba naufragando su afán de sobrevivir. Como si no hubiera lugar a dos complacencias y anhelos y sólo, al fin, medrara, el primitivo instinto de la supervivencia, en la escala de valores que sus constricciones le imponían.

Por todo ello. Un estupor, en su obsesiva pesadumbre, en su pesimismo invalidante le atenazó, en tal medida que mejor hubiera sido salir de pronto a la luz y presentarse, y morir o afrentar su destino, que no esa oscura, lombriceña, mineral forma de vivir. Definitivamente descolgado de las necesidades del amor. Castrado por lo único que castra a los hombres: atrofiado por la obnubilación del miedo. Hundido. Destruido.

Mientras, abajo, María, a la luz de los carburos cosía furiosa y reconcomida. Fustigando la urgencia de sus carnes, tanto tiempo reprimidas y tan escasamente compensadas. Reclamada por la vida, que, a sus treinta y cinco años, planteaba todas las exigencias, con el tremendo furor de un torrente, Haza sedienta del riego de la fertilidad y la calma. Sentía los pasos enjaulados de su esposo, crujiendo las alfanjías y las vigas y se dolía de tanta soledad, tanto abandono, tanta abstinencia. Y se despechugaba y se aspergaba las carnes de la honda agua fría del pozo, en procura de la paz, y se embuchaba de ella en procura de hartazgo para sus otras hambres.

Y sobre las dos necesidades, de comer y amar, el rumor de los zánganos promisorio y querencioso. Visitadores. Halagüeños. Falsos indagadores de noticias. Sátiros lujuriosos por la plenitud de María, que se desangraba como una granada silvestre, a la que se le abre la agria piel y le chorrean los frutos de demasiada granazón y abandono. Se azotaba con el látigo de sus dedos la quemazón y el picor, en disciplina y masturbación conjunta. Maldiciendo de sí, De los sindicalistas, de la guerra. De los hombres miedosos v los hombres osados. De las calenturas.

Hasta que, inevitablemente, con tanta arena y tanto chirrío, se fue todo descomponiendo.

Y el Tomasín hablaba de su padre. Grande como una torre, en el palafito de la cámara, porque tenía calenturas contagiosas.

Y el José se lio la manta a la cabeza y se dedicó al robo descarado y atrevido, iniciando el camino irreversible que marcaría, como un indeleble tatuaje, con su estigma su vida del futuro.

E Isabelita se entregó a la vida, en la precocidad de los primeros calores del verano siguiente al regreso del Galindo, por los sotos propicios de los baños del río. Con tal desenfreno y capacidad que se empandillaba con mozalbetes para que entre todos la durmieran en la siesta, desnuda y sucia, greñuda y ya preñada a sus quince años, inaugurando, también, su destino.

Y María se venció como un sauce a la insistencia de los hombres y las carnes. Y se satisfizo. Y se alimentó. Y comenzó a vivir y comenzó a temer la vigilancia y la locura del Galindo innecesariamente, que él andaba cada día más ermitaño de su miedo y acabó convertido en un murciélago sin salida, amaestrado a la oscuridad permanente, vampiro de sí mismo en una autodestrucción de la que sólo eran testigos sus demonios interiores. Kafka, Ionesco y Jarry. Mustio quiróptero, de manos desmembradas y ápteras. Suicida voluntario en abdicación de la libertad, cada día más comprimido y enlascivado en el fangal de la minusvalía parkinsoniana de todos sus temblores.

Llegó a tal extremo su miedo, que tuvo miedo de su miedo. Se acurrucaba, se desdoblaba. Se exorcizaba. Ahuyentaba sus sombras con las alas ominosas, en vuelos improbables, Hasta que explotó como la vejiga de un cerdo llena de agua, los días de matanza, el último mecanismo de su resistencia mental.

Y sobrio, inespecífico, enajenado absoluto, sin dominio de sí, animal sumiso y hosco, abrió la puerta, bajo las escaleras, cogió una silla baja de anea y se sentó a la puerta. Ausente. Barbudo. Otro. Sin miedo., Sin palabras. Sin deseos. Sin terrores, Roto.

Y la comedia de esta tragedia. Su drama es que pasó el tiempo, y se supo que había vuelto, y nadie lo buscó para nada. Nadie lo reclamo nunca. Jamás se le requirió. Ni estuvo pregonado, ni en búsqueda, ni en requisitoria, Porque jamás fue importante ni maligno, sino para él.

Y de esta guisa, el Galindo, que no lo destruyó la guerra. Que no lo aniquiló la postguerra, Se destruyó solo. Suicidado en el miedo del inconsciente colectivo de las imputaciones. Del terror de las admoniciones, del ¡ay del que hiciere, ay del que hablare, ay del que pensare, ay del que disintiere...!

Y ya la historia es normal y lógica.

Tomasín por su infancia, José por su delincuencia, Isabelita por su lujuria. María por su plenitud. Galindo por su ensimismamiento.

Presos en la invisible tela de araña de una maniobra demasiado sutil para ser premeditada. Maldición bíblica que atañe a los hombres cuando se entregan a las exigencias por los terribles caminos de la guerra y sus destrucciones sin límite, de lo que debe ser convenido en el diálogo, el acuerdo, la convención, la convivencia, la transacción, la transigencia, la búsqueda, la convivencia de las ideas y los derechos.

¿Dónde estaba la araña? ¿Dónde el monstruo de las fagocitosis humanas? ¿Dónde se agazapaban los demonios devoradores de hombres? ¿A qué orilla de estas arenas movedizas, de este laberinto sin salida se sienta el espectador interesado que celebrará el festín sobre el ara de los sacrificios?

¿Quién medra, saprofito, sobre la sangre derramada y las vidas destruidas en las luchas entre hermanos?.